

«Leyendas mexicanas»

Joel Lozada



Capítulo 1

La leyenda del charro negro

No le faltaba el empuje ni el deseo, a Andrés Rojas le faltaba linaje. La niña Herlinda gozaba de un ancestral abolengo y de mirar a Andrés Rojas por encima del hombro. Era tan bella como altiva y arrogante. De cuerpo tan bien dibujado que en la sesera a Andrés se le fue metiendo la idea de hacerla suya por las buenas o por las malas, echando mano de alguna mangana, sin embargo había un problema, Andrés Rojas no tenía ni un medio, no era charro, ni estaba tan bien plantado como para enamorar a una catrina, ni siquiera a una tan boba como Herlinda.

-¡Que me pudiera armar con buenas espuelas, sarape veteado y un traje de media gala! Si me pudiera pasear bien montado por la acequia de La Viga, florear la reata y tener el verbo que tienen los bachilleres. Ya estarías, Herlinda, suplicándome que te quisiera y yo te haría mía como se me diera la gana para botarte después como a una de las mujerzuelas de la Candelaria.

Estos pensamientos acompañaron a Andrés Rojas hasta convertirse en obsesión. La situación llegó a tal extremo que Andrés un día juró que vendería su alma con tal de poseer lo que tanto deseaba. Desde luego que las almas en venta solamente tienen un postor y aunque existían almas más atractivas que el alma sin lustre de Andrés Rojas, a este traficante de ánimas le divertía el perverso destino que Andrés tenía reservado para Herlinda, quien en su hueca cabecita nunca habría sospechado que se la quisiera de tan mala manera. Así fue como el comprador de almas se apersonó una noche, como en todas las historias, frente a Andrés con el fin de cerrar el negocio.

Más que un alma, cumplir un capricho diablesco bien valía aquellos clásicos tres deseos:

Cláusula V. Como contraprestación por el alma recibida el comprador entregará al vendedor los tres deseos que este último ha solicitado y que son:

- 1.-Dominio legendario de las artes charras.*
- 2.-Suerte en el amor. (Sin importar las preferencias presentes o futuras del vendedor)*
- 3.-Inmortalidad.*

Cláusula VI. Se compromete el vendedor, mediante este instrumento, a asegurarse que el objeto deseado termine en el arroyo del inmundo barrio

de los patos, dedicada a vender sus encantos.

Se firmó el contrato y ambas partes cumplieron con lo acordado salvo que desde entonces Andrés Rojas se convirtió en un alma en pena a quien los habitantes de la Ciudad de México conocen como el Charro Negro, un espectro condenado a vagar eternamente por los callejones del centro de México y que se pasea de cuando en cuando por las calles del sucio barrio de la Candelaria para reírse del fantasma de la niña Herlinda.

El Charro Negro a veces provoca un accidente mortal o un incendio y otras, mancilla la honra de alguna doncella, cosa cada vez menos frecuente. Las más de las ocasiones se introduce en algún relato provocado por el aburrimiento. Este desde luego que no ha sido el caso.

Capítulo 2

¡Vamos a pedir calaverita!

Cada año sale un ejército de niños cuyas armas son sus disfraces y sus calabazas de plástico. Su camuflaje de batalla es el maquillaje que en cada pequeño rostro retrata a un ser de ultratumba.

Así se pueden ver monstruos que no rebasan el metro treinta de estatura, situándose ante las puertas de las casas. De ellas salen sus propietarios para entregar alguna golosina, convocados por un grito: "Mi calaverita tiene hambre".

Hay un niño que se une a algún pelotón de recolectores en cierto momento de la noche, que ni los padres ni los otros niños logran recordar con precisión. Ese niño no habla y cuando se le pregunta cuántos dulces lleva recolectados, se limita a enseñar el contenido de un pequeño costal de yute.

El pelotón vuelve a la carga cruzando a toda velocidad la calle de un lado a otro y no falta un hombre lobo, un vampiro o un Minion que diga: «Tráiganse también a Camilo», pues hasta antes de ese momento nadie sabía el nombre de aquel niño, hasta que cuestionado señaló, con un dedo manchado con sangre de sirope de fresa, el nombre bordado en un pañuelo que cuelga del lado derecho de su pecho. El pañuelo está prendido con cuidado con un alfiler de seguro.

La noche va enfriando y los niños van relevándose. El cambio de turno significa que hay nuevos monstruos, nuevas momias y hasta nuevos padres convertidos en brujas, charros y picapiedras.

Llega una señora esbelta y menuda que sangra por la frente y que sonríe cuando toma la mano de Camilo. Ambos se llevan un chocolate a la boca descarnada. Ríen y lloran al reconocer cada sabor de cada dulce. Camilo es el único niño que pide su calavera a la puerta de la casa de Doña Vicky. A ningún niño le gusta recibir fruta, por eso no van a esa casa. Sólo Camilo recibe las guayabas, las mandarinas y algunos cacahuates. Este año hubo suerte, Doña Vicky compró plátanos morados.

Por la mañana del 02 de noviembre, personal del municipio, se esmera en dejar limpia la calle. Barren envolturas de tofees, paletas y paletones, papeles encerados que aún huelen a sugus de uva y un costalito de yute que todos los años parece abandonar alguien junto a una veladora y una cruz que reza en sus brazos: «A Lidia y Camilo de su amante esposo y

padre»

Capítulo 3

El ahorcado de Calzada Boturini

Yo,
estando en conflicto,
conmigo mismo
si tal reposo,
menesteroso
cuya vida mortal,
Santo Tribunal.

plácido reposaría,
obsequiará al
de
le despojara el

¿Qué cosa podría hacer para agradar mejor a
Dios?

El pequeño Aldo había asegurado que el hombre güero de cabello ensortijado jamás haría daño a nadie. En cambio la vieja culpó de inmediato a la “come hombres” del segundo piso, «esa mujer sí que era una perra», dijo la anciana santiguándose. Por su parte el pintor declaró con voz pastosa y deliberadamente lenta que «lo que asesinó a Polo, simplemente no se veía».

El caso era que aquella casona estaba abandonada y sólo de cuando en cuando el niño y la abuela buscaban pasar la noche en ella. Polo Rosas había hecho una serie de chanchullos legales para apoderarse del inmueble y estaba determinado a convertirlo en el primer casino del Centro de la Ciudad de México. Por su parte Marcelino Amín, un artista mediocre que había accedido a restaurar los murales de la mansión a cambio de unos miles, se conformaba con salir de esa casa con dinero suficiente para seguir drogándose. Ese es el resumen del por qué aquellos cuatro se habían congregado en tan lúgubre caserón.

Las primeras averiguaciones estaban hechas y no tenía más sentido permanecer en aquel sitio. Restaba solamente dar paso al personal encargado del levantamiento del cadáver.

Al tomar camino hacia la puerta de salida, una lluvia de guijarros comenzó a caer sobre policías y civiles. La vieja maldecía voz en cuello, gritando una y otra vez «perra hija de puta», Aldo intentaba cubrirse y al mismo

tiempo arrastrar a la anciana hasta la calle. El pintor corría como pingüino aterido.

Un charco de líquidos viscoso comenzó a escurrir por debajo del cuerpo, de Polo Rosas, que pendía de una viga del tejabán del patio. Por unos segundos pudo leerse escrito en letra cursiva de estilo arcaico: *Quien se atreva a bajarle, que ocupe su sitio.*

Capítulo 4

La besucona de Tlalpan

Digo y diré más adelante también, que los lugares tienen espíritu. Los sitios nacen con una vocación que se va conservando a través del tiempo, así por siglos los barrios construyen una identidad que les hace diferentes de los otros y que les confiere el rostro con el que serán recordados por las generaciones futuras.

De esta manera nació una de las caras de la Calzada de Tlalpan, cuando los hermanos camilos, santos varones vecinos de la Calle de la Buena Muerte, hallándose en necesidad extrema decidieron ampliar sus negocios, que para entonces se limitaban a regentear el juego de pelota y los baños equinos. Tal expansión consistía en brindar auxilio a los incontinentes criollos y peninsulares quienes por respeto a su linaje no debían hacer uso de las pelanduscas de barrios tan ramplones como lo eran la Merced, la Candelaria o Tacuba.

Para tal fin los monjes hicieron concesiones sobre las propiedades que tenían por el rumbo de la garita de San Antonio y el hospital del mismo nombre, para que nobles indios de Tlaxcala y Atlixco apostaran prostitutas de lo más selecto en los cruces más concurridos por los viajeros que transitaban por aquellos parajes.

Como dije antes, los sitios conservan el aroma con el que fueron fundados y es así como hasta nuestros días esa vía continúa ofreciendo a los viajeros su tradicional mercancía.

Nadie sabe quién es o quién fue. Las de su profesión vienen y van por temporadas, hasta que desaparecen por completo. Ella sin embargo, un día llegó y no se ha ido del todo jamás.

Viste un mini vestido entallado y de color negro, una blusa de tela vaporosa por el que asoma, retador e incitante, un tatuaje sobre su pecho izquierdo. Un sagrado corazón ejecutado con maestría.

Bien entrada la madrugada se acerca a los autos que se detienen para ofrecer sus servicios. Monta en los más veloces. Le encrespa el rechinar de los neumáticos y pide a sus clientes que aceleren a fondo para probar sus máquinas.

Les besa en la mano, en las mejillas y en los ojos. En la cima de su excitación los besa, una y otra vez, para terminar jugando con su lengua salvaje dentro de sus bocas.

Nadie resiste. Los autos quedan a un lado de la calzada con el motor reventado o hechos añicos contra el muro de contención. Ellos son diagnosticados como muertos por un paro respiratorio. Sus pulmones no tienen rastro de oxígeno, hasta el último hálito les ha sido arrancado. Estuvieron en compañía de una mujer, eso es obvio, todos presentan manchas de carmín en todo el cuerpo.

De ella no se vuelve a saber hasta que algún día, bien entrada la madrugada, su figura elegante regresa a la calle. Sus ojos se entrecierran

con placer cuando siente las corrientes de aire provocadas por los autos que a toda velocidad le pasan por delante.

Capítulo 5

El caníbal de la colonia Guerrero

Como los entendidos dicen, el mal nunca termina. Yo digo que nunca acabaremos con el mal. La maldad se impregna en el tejido de la humanidad tal como la aureola de una mancha no desaparece por completo a pesar de que se utilicen los mejores productos de limpieza. La historia ha confirmado una y otra vez que uno de los orígenes más perniciosos del mal y sus actos consecuentes son los celos. Así tenemos que, desde el principio de la historia, personajes como Caín y Otelo han perpetrado los crímenes más horrendos a causa de este repugnante sentimiento. Ese es el caso de lo sucedido allá por la calle del Sol donde los celos convirtieron un suceso macabro en noticia pero sus aspectos sobre naturales en una leyenda.

Elia Calderón era una joven mujer como cualquier joven mujer estudiante y llena de ilusiones que pertenece a la clase media-alta de la Ciudad de México. Entre las muchas virtudes de Elia se encontraba el ser una persona sensible e inclinada a las artes, de todas ellas la escritura resultó ser su favorita. Elia compartía su creación con todas sus amistades y pronto se sintió lo suficientemente segura como para aventurarse a la publicación de sus obras.

De súbito sus ensayos, sus cuentos y hasta sus poemas se publicaban con frecuencia en diarios y revistas de la capital, entonces la tragedia llegó a la joven vida de Elia. Se le había diagnosticado una enfermedad incurable que pondría fin a todos sus sueños.

A pesar del esfuerzo de todos sus familiares y amigos, ella se negó a dar pelea a la enfermedad, se enclaustró en una pocilga inmundada de la naciente colonia Guerrero. En su estado depresivo se negaba a alimentarse, actitud que finalmente la condujo a la muerte.

Mucho tiempo después llegó a vivir a ese mismo lugar José Luis, un hombre en los treinta ávido lector y poeta aficionado. José Luis escribía poemas por escribirlos, mayormente de amor aunque el amor y el romanticismo no habían llegado aún a su vida.

José Luis escribía y dejaba sus escritos en casa. Así fue como el espíritu de Elia se iba empapando de la lírica de José Luis, hasta caer rendida de amor por aquel hombre.

Elia comenzó a escribir poemas e historias que dejaba en el dormitorio de su amado y como era de esperarse, José Luis, un espíritu débil e impresionable, se enamoró de Elia aunque nunca la hubiese visto.

Poeta y fantasma se comunicaban con misivas, las de él cada vez más ardientes en las que insistía en tener una reunión con la mujer de sus sueños. Ella lo rechazó de tan mala manera que él, despechado, dejó de insistir en sus propósitos y se decidió a olvidarla.

José Luis que no amaba tanto a Elia como para renunciar a la vida, pronto trabó amistad con una bella joven a quien con frecuencia creciente

visitaba. Una tarde le invito a visitarle en su propia casa. Ella para su desgracia aceptó y se presento en aquella cloaca.

Mientras conversaban el fantasma de Elia les atacó con furia lanzando cuanto objeto tenía a la mano. José Luis y la joven se atrincheraron en la habitación, encierro que se prolongó por días.

Teniendo a su merced a la pareja, el espíritu urdió la mejor venganza.

Hizo que los mejores manjares se cocinasen a fuego lento delante la puerta hasta que el desesperado hombre sucumbió al embrujo de tal hechizo. Asesinó y comió a su amada.

Al reaccionar del estado de inconsciencia en que se había hallado, José Luis enterró los restos de la mujer en el patio de la casa, pero ahí no terminaron sus penurias. Cada mujer que conocía, terminaba fascinada por los poemas que recibían de su parte pero que eran escritos y entregados por el fantasma de Elia. Echando mano a su elocuente escritura les convencía de pasar a visitarle. El malévolo fantasma hacía lo mismo que con la primera de sus rivales. Les obligaba a encerrarse y hasta que el hambre nublaba el juicio de José Luis, asaba manjares dignos de un obispo delante de la puerta, para orillar a su amado a cometer un nuevo crimen.

El asesino fue descubierto por las autoridades y llevado a la cárcel donde murió ahorcado mientras esperaba el juicio. Algunos piensan que se trató de un crimen ordenado por los familiares de alguna de sus víctimas. Su compañero de celda relató que el cuerpo de José Luis parecía danzar en el aire antes de caer pesadamente colgado de un cinturón anclado en la reja. Los zapatos del occiso presentaban raspaduras en los talones y los demás reos juran haber oído que alguien arrastraba un cuerpo hacía la calle.

Capítulo 6

El piano de la Casa Moranchel

Finalmente, ¿qué de malo tiene querer ser feliz siempre? Cuando la felicidad se extiende de un día hacia otro o la felicidad se contrae dentro de uno mismo en cada segundo y en cada efímero instante, en cada latido, en cada suspiro, en cada imperceptible movimiento del universo interior, ¿hay algo malo en ello?

Lo ven, ustedes mismos están de acuerdo conmigo y con Angelita.

Angelita Moranchel había hallado el ingrediente de la felicidad, o como ella dijera en sus propias palabras: el arpegio de la plenitud de la existencia.

Esta felicidad la hallaba en la risa de los niños. Desde que reconoció ese hecho, Angelita buscaba rodearse con ese sonido, llenar las paredes de su casa con gritos infantiles que borrarán el silente vacío de su enorme mansión.

La risa de dicha desbordada, producía un encanto en sus delgados dedos que entonces emprendían un viaje por el negro y blanco mundo de su piano.

Una melodía de notas aéreas inundaba el oído. El pecho de quien escuchara se inflamaba hasta llegar al llanto emocionado. Nacían entonces más risas y buenos recuerdos.

La familia de Angelita había llegado a México desde Durango, y un buen día instalaron su hogar a la entrada del paseo de La Viga. Construyeron una casa de paredes blancas con enrejados de hierro y tejados colorados, que aún sigue en pie a la entrada de aquella avenida.

Cada miembro de la familia fue marchitándose hasta dejar sola a Angelita. La casa terminó abandonada y las ventanas y los enrejados fueron tapiados.

Los niños que vivíamos cerca, trepábamos para adentrarnos en los misterios de aquella casa. Explorábamos, de su jardín, cada árbol y cada arbusto buscando a los huéspedes temporales que saltaban de los camiones cargados con fruta cuando hacían un alto para entrar luego a la planta refrigeradora que se encontraba a un lado de la casona.

Tarántulas, camaleones, cuijas; a veces culebrillas y hasta zarigüeyas quedaban atrapadas en nuestras cajas de zapatos y las vendíamos con las

yerberas del mercado de Sonora.

Volvíamos para sentarnos en el pretil de una ventana de aquella casa abandonada. Allí comíamos las golosinas compradas con el producto de nuestra venta.

Cuando había suerte podíamos escuchar el piano de Angelita. Una melodía que provocaba descanso y sosiego flotaba en el ambiente y nos subyugaba. Entonces reíamos por cualquier tontería.

Algunos de los muchachos aseguraban haber visto el espíritu de Angelita sentado en el porche de su casa, con la vista puesta en la calzada, siempre sonriendo y agitando su mano llena de finos anillos.

Nadie podría decir cómo era la melodía de Angelita, parecía que para cada uno, esta sonaba distinta, además no todos la escuchaban al mismo tiempo.

Aquí frente a la casa de Angelita sonrío y miro a los niños que corren para llegar a la escuela. Pasa de la una de la tarde, así que seguramente van a la primaria Francisco García Salinas.

Uno de ellos ha volteado hacia la casa Moranchel. Como respondiendo a un llamado, mira las ventanas tapiadas. Ríe como si unas manos invisibles le hicieran cosquillas.

Las notas de Angelita le habrán tocado el oído y será feliz cada vez que recuerde que ha escuchado una melodía sin saber que ésta permanecerá por siempre en él, sin que puede retenerla en su memoria.

Capítulo 7

La cruz verde I

Si alguna vez caminan por el a veces maloliente barrio de la Merced, entre el bullicio de los comercios que han ocultado no pocas veces el rostro y significado de las cosas, se encontrarán con una visión anamórfica de tiempos idos y de amores correspondidos.

Y es que en efecto, una mirada al cruce de las calles de Regina y Correo Mayor, antes llamadas Migueles y Cruz Verde, vista desde el sur, desplegará ante tus ojos unos brazos que fueron labrados por manos artesanas de la ciudad de Oaxaca: Una esperanza, pero sobre todas las cosas una promesa: "Eternamente".

Don Álvaro llegó procedente de la península como asistente del recién nombrado virrey de la Nueva España. Como era costumbre en esos tiempos, en un desfile se hacían públicos y conocidos los funcionarios del nuevo virrey.

Fue en ese desfile de entrada a la ciudad, donde unos ojos miraron con interés la figura gallarda de Don Álvaro: Doña María Aldarafuerte, hija de un empleado de la Real Hacienda quien por no contar con una dote decente estaba destinada al claustro, por unos segundos clavó su mirada en la mirada de Don Álvaro. Ambos cayeron rendidos al amor.

El padre de Doña María se sabía demasiado humilde y carente de fortuna como para aspirar a que su hija contrajera nupcias ventajosas. Su hija por su parte aceptaba resignada su destino.

Don Álvaro, sin embargo, no cejaría en sus intentos de hablar con la doncella y pedirla en matrimonio.

A veces sobran las palabras cuando es el amor quien habla y en este caso fue precisamente lo ocurrido.

Durante unos días en los que la madre de Doña María tuvo que guardar cama, su pretendiente logró hacer llegar a las núbiles manos, una misiva que poco más a menos decía así:

"Señora doña María, su verde mirada ha anidado en mi alma y nada me haría más feliz que verla convertida en mi esposa. Cuando el amor es así de grande y de incontenible solamente espera una señal para materializarse. Si en su alma pudiera caber el amor de este hombre, pinte en su balcón una cruz verde; si no lo hubiera, que sea blanco el color de su indiferencia."

Pasaron dos semanas y Don Álvaro no recibía respuesta alguna y a punto

de despedirse de su esperanza, pasó por última vez frente al balcón de Doña María. Entonces allí, en la esquina sur de la calle Migueles pudo ver que durante todo ese tiempo había estado con toda claridad para quien supiera buscar, la respuesta de su amada.

Don Álvaro habló con su benefactor el virrey, quien sin perder tiempo pidió en su nombre la mano de Doña María.

Como homenaje de gratitud, Don Álvaro mandó incrustar en el vértice de la casa, desde el piso hasta la altura del balcón de su amada, una cruz de cantera verde.

Si alguna vez debes buscar una señal, busca bien, porque a veces solo hay un resquicio de claridad en medio de la penumbra.

Capítulo 8

El caballo de copas

Diré como decía mi abuela, que la baraja es caraja, y que el juego y la lotería, son el impuesto que pagan los tontos. Cuántas historias conocemos, de personas que han tirado una fortuna, sentados detrás de una buena mano de cartas, o simplemente fanfarroneando.

El gusanillo del juego había picado a Don Martín Guadarrama, hombre de mucho dinero, y contrario al dicho, afortunado también en amores. Por lo que he dicho puede sacarse en claro, que la ludopatía no es asunto de robustecer un caudal venido a menos, sino producto del deseo de sentirse vencedor, porque finalmente para quien venera a Birján, como le idolatraba Martín, ganar lo es todo, ya sea que se trate simplemente de demostrar quién puede escupir más lejos o de arriesgarse a perder lo más valioso...

Dicen, los que oyeron de boca de quienes lo atestiguaron, que aquella noche Martín echaba bravatas buscando rival, y que le paró la bola un hombre queretano a quien poco se había visto por el lugar, pero que al igual que a Martín, le dominaba el amor al juego. La apuesta entre aquellos insensatos fue una carrera, de ida y vuelta, desde la acequia de Roldán hasta la garita de Chapultepec. Trayecto bastante peligroso porque en aquel tiempo solamente existía una vereda fangosa que acompañaba el curso del acueducto.

Bien se sabe que los pensamientos de las mentes brillantes suelen coincidir tanto como lo hacen las ideas de los necios. Ambos jugadores intentaron cabalgar sobre el acueducto de Chapultepec y ambos murieron en la caída.

Algunos dicen, que a mediados de febrero, se escuchan ecos de los cascos de las monturas de Don Martín y El Queretano por las cercanías de las ruinas del acueducto de Chapultepec.

Les contaré también que, doña Luisa de la Calle de Guadarrama, madre de don Martín, se recluyó en su casa, luego de la muerte de su hijo. Con el tiempo, viuda y desamparada, doña Luisa terminó interna en un hogar de asistencia, al que solía acudir el impresor Don Antonio Ancona, con el cristiano propósito de hablar confortadoramente a los enfermos. Uno de aquellos desafortunados a quienes visitaba el impresor, era la viuda Guadarrama, quien en el delirio de su enfermedad confundió a Antonio con su propio hijo.

Era cotidiano escuchar que hasta el final de sus días, la viuda Guadarrama se refiriese a don Antonio, como Martín.

Las visitas de Antonio a doña Luisa, se hicieron más frecuentes, lo mismo que los consejos de la enferma.

Una tarde, suplicante, doña Luisa dijo:

-Prométeme, Martín, que dejarás el feo vicio del juego. Que dejarás de andar por todas partes con ese orgullo del apostador.

Don Antonio Ancona, hizo la promesa correspondiente y aunque no era apegado al juego, la cumplió como si del mismo Don Martín se tratase. Llegó a considerar a doña Luisa como una segunda madre y después de la muerte de esta, pagó de su pecunio una fortuna por este servicio: El virrey decretó que ningún naípe en la Nueva España exhibiera la leyenda valenciana: "Ahí va, como el caballo de copas".

Capítulo 9

El corazón de un virrey

Leyenda del convento de Corpus Christi

Su cuerpo dejará no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Caminar frente al portal del antiguo convento de Corpus Christi, en la ciudad de México, dejará en el peatón una sensación de inquietud provocada por el aire que proviene del interior de aquella antigua casona, como si esa fría humedad, impregnada de misterio, pudiera de alguna manera atrapar con su aliento a los caminantes que se atreven a atisbar dentro de la magnífica fachada de estilo colonial.

Muchos de esos curiosos, a pesar de transitar en forma frecuente frente a ese lugar, ni siquiera han recibido una noticia, ni una vaga insinuación del origen del edificio que por siglos estuvo erguido en ese predio y mucho menos de la inconfesable, pero al mismo tiempo romántica, apasionada, ardiente y hasta cursi historia de su fundador, que finalmente fue sepultada y olvidada entre aquellos, antes robustos y actualmente decadentes muros.

Baltazar de Zúñiga gozaba de una fama, bien ganada, como hombre bravo y dispuesto a emprender el combate en cualquier momento. No obstante lo beligerante de su naturaleza, Don Baltazar no se permitía concesiones que le pudieran acarrear, a su noble persona, la etiqueta de un vulgar camorrista.

El futuro virrey de la Nueva España era un aguerrido luchador, un guerrero orgulloso de embarcarse en empresas que requirieran de valor máximo y que probaran, por su propia dificultad extrema, ser dignas de encomendarse a un verdadero hombre. El también futuro duque de Arión admiraba la valentía y la fuerza, por lo que no resultaba raro que gustara de rodearse de hombres de reconocido coraje y osadía, y como suele ocurrir en estos casos, estimaba más la compañía de tales especímenes antes que la enclenque fragilidad de las damas.

Bien aceptado es, ese tipo de inclinaciones en nuestros tiempos, sin embargo, en aquellos días, una mancha tan fea no debería permitirse en un grande de España, aunque ya antes otros notables personajes, como el

rey David de Israel, hubieran confesado que el amor de un hombre les resultaba más grato que el de las mujeres. Pero sin importar lo que otros nobles hicieran antes que él, el virrey de la Nueva España tenía que poner el ejemplo en esas colonias, habitadas por salvajes inclinados a toda suerte de indecencias y vicios perniciosos.

Era intención e interés de La Corona, erradicar los pecados nefandos, aún si, para conseguirlo, se tuviera que quemar vivos a los sodomitas, desde luego que, previamente habría que torturarles, con el fin de sonsacarles los nombres de sus compañeros de afición o amantes regulares y hasta casuales, con el propósito de someter a aquellos pecadores, a los mismos martirios. El resultado, como piadosamente lo esperaba la Santa Madre Iglesia, debería ser el dar un ejemplo amonestador para todos los transgresores ocultos, aún anónimos, cuyas almas eran definitivamente rescatables.

Orden civilizatorio, era lo que el virrey Baltazar de Zúñiga y Guzmán, tenía que imponer en la Nueva España, por lo tanto, no se debería permitir que alguien escandalizara a las puertas de la residencia virreinal. Los gritos de amor lastimado proferidos por un capitán que sirvió bajo sus órdenes, llamado Nicolás José Camacho, no deberían tolerarse, sobre todo porque el capitán Camacho apuñaló al virrey, pues evidentemente actuaba empujado por la locura de la que fue víctima a causa de todos los horrores vividos en sus campañas. Así que la confesión de amor herido por los rumores de matrimonio entre el virrey y doña Victoria Francisca de Saboya, no captaron más atención que los ladridos de algún perro callejero.

Nicolás Camacho, ingresado en el hospital para enfermos mentales de San Hipólito, fue advertido para dejar de proferir disparates, advertencia a la que no hizo el menor caso, como era de esperarse en un loco o bien, en alguien que dice la verdad. Desde luego que la obstinación de Camacho le acarreó la condena de morir torturado con la pera de la angustia. Lo antes relatado podría prestarse para pensar que el desdichado capitán no estaba loco, puesto que ningún afectado mental podía someterse al suplicio.

Luego de estos eventos, Don Baltazar de Zúñiga siguió sirviendo a La Corona con diligencia y lealtad, y ganó todo cuanto quiso y más. Honores, riqueza, fama y el favor de sus soberanos. Nunca contrajo matrimonio, en cambio estipuló en su testamento que su corazón fuese sepultado en tierras de la Nueva España, junto a su amado capitán, precisamente en el sitio del atentado: el convento de Corpus Christi.